

GENERALES

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 ptas.



CIRCULACIÓN MONETARIA

I.

A hora muy avanzada de la noche, y en el rincón de un derribo, un pequeño círculo de golfos discutía y comentaba los lances de la jornada, ni más ni menos que en un casino ó en un club se discute sobre los lances de la última sesión del Congreso.

Uno de los golfos permanecía silencioso y severo, despreciando aquellas miserias y pequeñeces. *Eso no es nada; eso no es nada*, repetía á cada momento, hasta que al fin, apremiado por sus compañeros, lanzó en el centro del corro, con gravedad desdeñosa, nada menos que un duro, una moneda de plata, algo verdaderamente monumental en el orden monetario de la golfería.

El asombro fué grande, las interpretaciones varias, y la opinión casi unánime fué que aquel duro había sido robado.

—Yo no robo—dijo el chicuelo con altivez; y como todos le interrogaran, él dió esta sencilla explicación: *Es que esta noche he pedido en compañía de una señora.*

A mí me dieron un perro chico, y ella, recogiendo el perro chico para sí, me devolvió este duro.

Un crítico de teatros hubiera encontrado el argumento de todo punto inverosímil, y con razón. Los golfos, aunque no eran críticos, lo declararon falso, artificioso y efectista.

El propietario del duro entró en explicaciones á su manera y en su lenguaje, y el suceso, traducido al idioma vulgar, se redujo á lo siguiente.

II

Eran las nueve de la noche, el chicuelo, un tanto fatigado, estaba tendido en el hueco de una puerta. La calle, solitaria; la mitad en luz, porque daba en ella la luna; la otra mitad en sombra, menos un trozo, que iluminaba fuertemente la lámpara eléctrica del portal de una casa grande.

En dirección al chico venían con lentitud, hablando en voz baja y con intimidad, dos personas. *Ella*, una mujer, acaso una señora, toda de negro, ocultaba el rostro bajo un manto, mantilla ó velo: algo con muchos pliegues. *El* era un caballero joven, elegante y vistoso.

La pareja se fué acercando al golfo, y se detuvo sin verle. Cruzaban palabras que el chiquillo no entendía bien, pero que parecían dulces y amorosas. Al menos, esto supuso el malicioso, que, para oír mejor, se puso en pie y se acercó á los dos, como si fuese á pedirles limosna.

De pronto, por la acera de enfrente, avanzó un caballero, grueso, ostentoso y de alguna edad. Afirmaba el golfo, que tenía buen golpe de vista para juzgar á las personas y para apreciar sus condiciones sociales, sobre todo su indumentaria, que era un gran sujeto, aunque algo *panoli*.

El joven que hablaba con la señora hizo un movimiento de sorpresa, y dijo unas palabras con ansia y en voz baja.

Ella miró hacia el caballero que venía, se

tapó más la cara con el velo, y con resolución rápida, contestó algo que el golfo no oyó bien.

El resultado fué que el joven guapo echó á andar hacia adelante, y la mujer, ó la señora, le cogió al golfo por la mano y se fué tras el joven.

La señora, tapándose del todo, encogiéndose mucho y encorvándose algo, le dijo al chiquillo: «Pide limosna á ese caballero que va delante, pero muy alto, de modo que te oigan bien, y después vuelves y le pides también limosna á ese otro caballero que viene detrás; si te portas como espero, te daré un duro.»

Después se apoyó sobre la pared, y el chiquillo cumplió el mandato de la señora con notable celo é inteligencia, ni más ni menos que si hubiera sido alto empleado cesante.

El joven no le dió nada; al contrario, le rechazó extremando el mal humor, y diciendo en voz alta: «No se puede vivir con estos pobres; vaya con la pedigüena y con el chiquillo».

El caballero que venía detrás, también le recibió con malos modos; pero como el golfo insistiese, le dió un perro chico, y pasó junto á la señora murmurando: «Estas que se fingen pobres vergonzantes, son todas ellas unas solemnes bribonas.»

Como en este momento pasaba el joven por el portalón iluminado, le reconoció el caballero y le gritó: «Espérame, Enrique.»

La señora se fué con el golfo por el otro extremo de la calle, recogió riendo el perro chico de la limosna, y le entregó al muchacho el duro prometido.

III

Una hora después, en un gabinete lujoso, estaban una señora muy hermosa y un caballero grueso y aparatoso; ella tomando café, y él fumando un puro.

De pronto, el caballero exclamó con mal humor: «Ya se me olvidó comprar *La Correspondencia*.»

Tocó un timbre, se presentó una criada, y le dijo: «Tome usted, y cómpreme una *Correspondencia*»; y buscó un perro chico en el bolsillo, pero no encontró nada, lo cual fué motivo para una serie de exclamaciones coléricas.

—«El último perro chico que llevaba tuve que dárselo á una pobre vergonzante que iba con un chicuelo; esto es intolerable, está Madrid imposible; ella sería una bribona, y él un chiquillo de alquiler.»

—No te incomodes, hombre—le dijo la señora con tono meloso;—yo tengo aquí, por casualidad, un perro chico.

Y sacando uno del bolsillo, se lo entregó á la criada con sonrisa plácida y un tanto burlona.

—No te incomodes, Juan—continuó diciendo;—bueno es que circule la moneda.

—Sí, sí—contestó él,—que circule, precisamente tengo que pronunciar un discurso sobre la *circulación monetaria*.

—Pues aprovecha la ocasión, querido.

La criada anunció: El señorito Enrique.

José ECHEGARAY



Nadie se quiere morir

Es de goce manantial
la vida hasta los cincuenta,
luego... la mano glacial
de la vejez, nos descuenta
la mitad del capital.

Ya la tarde apenas brilla...
ya el polvo al polvo se humilla...
todo, al fin, se extingue en calma...
¡Pero, ay, amigo del alma,
cuán sabrosa es la colilla!

MARCOS ZAPATA

El talismán de acero

(Leyenda anglo-arábigo-cordobesa,
con ribetes del Japón.)

A mi buena amiga la señorita doña Francisca García de Rueda, profesora de labores de la Escuela Normal Superior de Maestras de Córdoba.

En un puesto de libros viejos de Londres, encontré hace años un ejemplar de cierta obra rarísima, intitulada *Corthoban's Tales* (Cuentos de ó del Cordobán), escrita por U. N. Wasson, distinguido hispanófilo, muy conocido en los círculos literarios.

Hojeando tan rara y curiosa obra, de la cual acaso no existe otro ejemplar del que yo poseo, halle la leyenda cuyo título encabeza estas líneas, y de la que traduzco lo siguiente:

«No contento el gran Annasir con los antedichos espléndidos regalos, hechos á su gentil favorita Azahara, había encargado á un famoso mago del más extremo Oriente, de la gran isla de *Flondo*, situada en el confín de la tierra, allá donde el sol nace, algo extraordinario, algo que se saliera de lo conocido y aun de lo imaginable, para ofrecérselo á su bien amada.

Y el japon nigromántico envióle un talismán de acero, una fina aguja de punta sutilísima y ojo apenas perceptible, con la siguiente receta para usarla:

«Tóquese con la punta de la aguja el objeto que se quiera si estuviere al alcance de la mano, ó trácese idealmente su contorno, si estuviere lejos.

Enseguida aparecerá reproducido con pasmosa exactitud y con sus formas mismas y sus propios colores de igual ó menor tamaño, quieto, pero no muerto; inmóvil, pero vivo y expresivo.

Acto continuo se enhebrarán rayos de sol, sin dificultad ninguna, pues entrarán de grado por el ojo de la aguja, bastando colocar ésta á la luz solar, y de Oriente á Poniente.

Luego coserá con sus preciosos dedos de rosa la sultana los antedichos objetos, fidelísimo trasunto de los naturales, en terciopelo, seda, lana ó lino, y logrará poseer un mundo abreviado y sujeto para siempre á las telas y estofas de su gusto.

Si quiere reproducir la forma y no el color, habrá de coser los objetos en lienzo blanco, y en vez de ensartar en la aguja maravillosa rayos de sol, ensartará rayos de luna; y es probado. Los primeros proceden de la diosa *Amaterazu*, la radiante deidad del sol (*the radiant goddess of the sun*) que nació del ojo izquierdo de *Izanagi*, el creador del Japón; los segundos proceden de la cándida deidad nocturna que nació del ojo derecho del gran *Izanagi*.

Y dicen que ni la fuente que manaba el brillante azogue en argentino chorro, ni los elegantísimos arcos de herradura, ni las sutiles columnas de pórfido y de jaspe, ni los bellísimos alicatados mosaicos y toráceas; ni los guadameciles ó cueros adobados y cubiertos de finísimos arabescos de relieve en oro,

plata, azul, verde y rojo; ni los maravillosos tapices persas; ni aun los encantados jardines, cuajados de rosas, de azahares, de jazmines, de claveles, de narcisos, de alelías, de violetas; nada en fin, producía tanto efecto de suprema y asombrosa belleza, como las riquísimas telas en que la sultana Azahara había reproducido, compendiado y sujeto con su talismán todo el mundo visible.»

Hasta aquí el distinguido escritor ó traductor británico.

A mi me pareció todo esto un verdadero mito, es decir, una mentira verdadera, hasta que vi los bordados de usted, mi excelente amiga Paca, y entonces pensé que usted acaso había encontrado en el hoy desierto y silvestre recinto de Córdoba la vieja, donde dicen que estuvo Medina Azahara, aquella sutilísima y portentosa aguja que el mago japonés envió desde Kyoto á Abderrhman III para su bien amada, y pensé que usted no borda, ni sus primorosas labores son pintadas con aguja *acu pictae*, como los que hacían algunas ricas hembras y cenobitas medioevales; sino que reproduce los objetos en color ó en blanco, tocándolos con el prodigioso talismán de acero, y sujetándolos á las telas, para lo cual enhebra usted á su placer, rayos de sol ó rayos de luna.

Me parece que con la ayuda de U. N. Wasson he descubierto el secreto de los llamados preciosos bordados con que asombra y emboba y seduce usted á la gente.

ANGEL AVILES

Al carbón de piedra

ODA

III

La faz del globo de arbolado escueta,
diera la Industria el postrimer suspiro
á no surtirla tan copiosa veta.
Ved al carbono en incesante giro
recorrer los tres reinos naturales:
ya inficionar la atmósfera le miro,
ya, atraído por fibras vegetales,
henchir el germen de sabroso fruto;
ya, salvando los límites florales,
nutrir la grácil ave, el tardo bruto;
ya tornar al espacio con empeño,
de la muerte y la vida fiel tributo.
Mas tú, sepulto en ataúd roqueño,
á ciclo tan fecundo substraído,
dormiste largo, indiferente sueño;
Te han pisado, mas no te han conocido;
pasaron sobre ti cual polvo leve,
las varias razas que en el mundo han sido.
Tocábale al gran siglo diez y nueve
sorprender tus veneros con acierto
aun bajo la polar cándida nieve.
¡Qué fuera de la Industria tú encubierto!
con gratitud en su afición te nombra
negro maná de su árido desierto.
Un día fuiste gigantesca alfombra;
hoy hallamos calor y luz radiante
donde otros seres disfrutaron sombra:
Que Dios, previendo nuestro afán constante,
para su hartura reservarnos quiso
esa fecunda flora exuberante,
que adorno fué quizá del Paraíso.

MELCHOR DE PALAU

UN MAL SOCIAL

Hay que reconocer grandes virtudes en nuestras costumbres, que, examinadas con detenimiento, son una corona para nuestro pueblo; pero también tenemos costumbres y vicios reparables que debemos ponerlos de relieve para evitarlos.

La prensa, cuya misión es difundir la luz de los conocimientos, y en verdad que la cumple á las mil maravillas, está también originando males de consecuencias fatales.

La electricidad, con sus maravillosos efectos, produce hecatombes no soñadas; el vapor, que tantísimos beneficios ha reportado su aplicación, produce á diario espantosos siniestros; también la prensa, éter del pensamiento, que pone en relación mutua á la familia humana, produce sus males, y de consecuencias tales, que Dios sabe adónde podrá conducirnos si no se busca remedio. No hay día que no nos hable de crímenes, detallando sus accidentes en tal forma, que llena columnas y columnas con sus relatos de minuciosas informaciones.

Para un pueblo de mayor cultura que el nuestro, la cosa en sí no tendría importancia; pero la tiene, y mucha, para esa desgraciada capa social, bastante mayor en cantidad de lo que quisiéramos, la cual magulla y delecta, pero que no se nutre de ideas separando la escoria del metal que tiene valor.

A tal extremo ha llegado el asunto de que tratamos, que los periódicos de provincias, copiando á los de gran circulación de la Corte, se desviven por tener ocasión de relatar un hecho de esa naturaleza.

Los revendedores de periódicos aterran con sus gritos, detallando en pocas palabras la comisión de los delitos que el periódico que venden relata.

El mal ejemplo se propaga, y lo que es peor, penetra en los inocentes oídos de la generación que nos sucede.

Gran parte de los que leen toman esos hechos como motivo de celebridad, y despertándose en su magnífico instinto feroces, que sin esa desdichada propaganda seguirían en su letargo, ponen en práctica hechos manchados de sangre homicida, que aumentan el número de los delitos y de los delincuentes, constituyendo una enfermedad social de gravísimas consecuencias.

De tal manera es cierto lo que asentamos, que á poco que se estudie esa serie de hechos repugnantes y punibles, los delincuentes, al presentarse ante el Jurado, ya saben cómo tienen que relatar sus hechos para conseguir el veredicto; lección estudiada á diario y aprendida en las hojas del periódico.

Hay más aún; los hechos punibles que estamos condenando, tienen su público y sus actores: los unos, aterradores y feroces, queriendo el desgraciado delincuente apurar los límites de la barbarie, con lo cual crece, lo que él cree su fama entre su público que le admira, siquiera sea con repugnancia aparente, pero que se emborracha en aquellas relaciones de sangre y exterminio; los otros, son víctimas doloridas que lavan su honra con el puñal ó la purifican con los efectos del arma de fuego; éstos tienen también su público abundante, y no falta un «hizo bien», la víctima no merecía otra cosa; y van seguros de su inocencia pidiendo al Jurado un veredicto de inculpabilidad, como si un mal lo atenuase otro mayor.

Causa verdadera grima ver cómo crece la ola de tan peligrosos efectos y cómo los actores toman en sus delitos posiciones más ó menos artísticas, según ellos entienden, para aparecer más ó menos gallardos en su desgraciada caída. Así pasaba también con los pobres gladiadores romanos. ¿No tendrá esto remedio? ¿Faltará una noble y patriótica iniciativa que restrinja la relación de esos hechos para disminuir tanto mal?

Es doloroso ver que periódicos ilustrados donde sólo debían tener cabida el Arte y cuanto engrandeciese el pensamiento, nos pongan al lado del retrato de un héroe de la ciencia ó de la patria, los retratos de los actores que constituyen una vergüenza para la patria y una desdicha para nuestra sociedad.

Tome la iniciativa quien tenga autoridad para ello, y prestará un bien nacional, que si hay crímenes que relatar, tampoco faltan virtudes que poner de manifiesto y que también podrían servir para ser copiadas y relatadas con éxitos más lisonjeros.

El patíbulo ha desaparecido con aplauso, como escena pública repugnante; ante su vista se cometían escenas parecidas á las que motivaban su erección; el ejemplo no corregía; pedimos á Dios que nuestras costumbres progresen aboliendo la pena de muerte, que la filosofía y los pueblos más cultos condenan y suprimen; que las cárceles no sean lugar de martirios humanos, sino hospitales regeneradores; que allí penetren la luz de la razón y de la justicia y no la severidad y la crueldad; que los guardianes no sean ya cabos de vara, sino médicos y moralistas que atiendan las incorrecciones del espíritu y de la materia, y que en vez de infiernos y antros del delito, penetren las auras de la misericordia y del perdón, en cuya labor la prensa de mayor circulación tiene la palabra, y debe ser la maestra del bien, pero jamás la propagandista del mal y la escuela donde se difunda tan pernicioso semilla, con lo cual sería menor la población penal de nuestras cárceles, que aumenta de manera aterradora.

EMILIO ZURANO

EN UN ALBUM

El Iris para colores,
los jazmines para aromas,
el clavel para galán,
y para bonita, Lola.

ANTONIO J. AFAN DE RIBERA.

Granada 24 Agosto de 1903.

Á LOS SEÑORES BIBLIÓFILOS

UNA SUPERCHERÍA

Aunque son de poca grasa, para el que en ellos pone su trabajo, todos los estudios y todas las investigaciones que alumbran los tiempos pasados en que lozanamente y con majestuosa pompa fué tomando cuerpo y hermoso gesto y gallardo talle nuestra ubérrima literatura, no es de hombres de pro ni de castellana franqueza, dejar abierto el camino á los codiciosos que, por el afán de ganar riquezas, no se arredran de armar cepos en que cazar incautos de buena intención; pero que, no acondicionados éstos para descubrir la trampa, sobre ser burlados, vienen á ser víctimas de timos de mayor ó menor importancia.

Que se trafica con supercherías arqueológicas y artísticas, no es noticia nueva, ni tampoco merece alguna merced el consejo siguiente: «Antes de fiarte de un chamarilero, aprieta siete veces tu bolsillo».

Aún estamos bajo la impresión de las famosas falsificaciones pictóricas de Escosura, tan hábilmente hechas, que por ellas solas bien merecido él, tiene que se le tome por el pintor mejor de su tiempo aun cuando la moralidad no haya podido quedar sujeta entre las líneas de la perspectiva artística.

No poco falso triunfa también en nuestros Museos, en el Arqueológico y en el de Pinturas; lo que á la cuenta sigue imponiéndose á la ciencia y pericia de nuestros críticos de tanta y académicos, con no pequeño agravio del tesoro nacional, y mucho pesar del buen nombre y de la seriedad española.

Pero dando de mano á todo esto, y directores y ministros hay que llevan á gusto tan deplorables responsabilidades, quiero ahora hacer ahincamiento en una falsificación, muy bien hecha, pero nó tan á la perfección que pueda seguir por más tiempo pasada por alto.

El cuerpo de la superchería consiste en una edición falsificada de la obra *Mar de Ystorias*, obra que se suma entre las de Fernán Pérez de Guzmán, señor medioeval de Batres (1).

Esmerándome en cumplir con la confianza que en mí ha depositado la Real Academia Española para que colabore en la selección de vocablos y textos sacados de nuestros escritores del siglo XV, con los que pueda ser enriquecido el futuro diccionario de Autoridades (setenta y cuatro mil cédulas son las que tengo ya entregadas desde el mes de Julio del año pasado hasta el día de hoy), no puedo menos de fijarme hasta en los más minuciosos detalles, y por éstos, no sólo he caído en la cuenta de no ser tampoco de Fernán Pérez de Guzmán la traducción, que como suya anda, de las Epístolas ó Cartas de Lucio Anneo Séneca, y alguna que otra de las *Semblanzas*; mas aseguro que un ejemplar de *Mar de Ystorias* guardado en la Biblioteca Nacional, Sección de libros raros, forma parte de una edición de otros Gumieles y de otra imprenta... no montada en nuestra ciudad de Valladolid, ni edición nacida en 1512 del Nacimiento del Señor, pero sí en el siglo XIX, sin que yo pueda fijar el año.

A cinco llegan los ejemplares de *Mar de Ystorias* propios del Estado y que son en la Biblioteca Nacional.

Cuatro están custodiados en la sección de RAROS y uno en la colección Usoz. Este se distingue por el número 1.618, y los otros cuatro están en el orden siguiente: 597, 2.469, 7.969 y 11.323.

El último es el maliciosillo. El papel hace la denuncia. La imitación de éste sorprende por lo habilidosa; pero no va tan allá que engañe á todos, por mucho que se haya apurado hasta el parecido de las filigranas.

De las dimensiones no hay que hablar. Alárganse más que las de los ejemplares de cepa castellana.

A mayor abundamiento se nota que la estampación de las orlas, letras capitales, etc., no huelen á rancio, y las medidas comparadas arrojan algunas diferencias que se le escaparon al grabador?

¿De dónde procede el ejemplar en cuestión? Lleva en él mismo la filiación y no cabe duda del fondo al que pertenece.

BERNARDINO MARTIN MINGUEZ

CANTARES

Para resplandor el día,
la noche para olvidar;
para lo pequeño el mundo
y para lo grande el mar.

(1) BATRES. A corta distancia y al O. de Griñón (Madrid).

Mi corazón, como un ave invisible para todos, se ha posado en tus pestañas para mirarse en tus ojos.

Marcho y sigo sin descanso y nunca llegó a alcanzar un término que se aleja cuando me aproximo más.

CARLOS PEÑARANDA

Catálogo de periodistas españoles del siglo XIX

Nuestro querido amigo y compañero, Ossorio y Bernard, nos dirige la siguiente carta:

Sr. D. Juan Valero de Tornos.

Querido Juan:

Por prospectos y circulares te habrás enterado seguramente de que va a ser un hecho la publicación de mi *Catálogo de periodistas españoles del siglo XIX*.

Esta obra, que me ha costado muchos años de incansante preparación, amenaza, al imprimirse por mi cuenta, ser mi ruina, pues haría saber que aquí hay más afición a leer libros prestados que a comprarlos, aunque sean en muchos casos de consulta necesaria.

Para combatir este peligro recurro a tu buena amistad, rogándote que digas en GENTE VIEJA que mi Catálogo es más necesario que la Somatose, la Antibexis ó el Cinturón Eléctrico; que una peseta mensual no va a ninguna parte y que deben suscribirse a mi libro todos los periodistas, empezando por nuestros compañeros.

Di, en fin, cuanto puedas y quieras en bien de mi empresa, y para completar el obsequio, publica antes del reparto del primer cuaderno, ó coincidiendo con su aparición, el prólogo de la obra. No hay en esto asomo de inmodestia, porque es un prólogo de tijera. ¡Resabios de más de cuarenta años de labor periodística!

Tuyo invariable

OSSORIO Y BERNARD

Hemos creído que el mejor medio de complacer a nuestro amigo consiste en publicar la carta que antecede, a pesar de su carácter confidencial, y reproducir a continuación el prólogo, que dice así:

«El prodigioso desarrollo adquirido por la prensa periódica de España durante el siglo que acaba de terminar; su innegable influjo en la marcha política y social; sus padecimientos en ocasiones, sus triunfos en otras; su fecunda participación en toda noble empresa, bien merecen quedar consignados en la historia del citado siglo.

Y al recordar la importancia de la obra realizada, nada más justo que unir a dicho recuerdo el de los obreros, grandes ó pequeños, gloriosos ó humildes, que á semejante fin concurrieron.

A esto se encamina el trabajo que á estas líneas sigue, ligera enumeración de cuantos han consagrado sus esfuerzos á la labor periodística, con somera indicación del servicio prestado y lugares y fechas en que lo ha sido. Que adolecerá de grandísimas deficiencias, á nadie puede ocurrirse, ni el autor lo ha de negar; pero si de él resulta aproximado conocimiento de los que han contribuído con su esfuerzo más ó menos activo y provechoso al desarrollo del periodismo español en el pasado siglo, algún bien producirá este trabajo y el autor verá compensado con creces el de recopilación de muchos años que le ha dado vida.

No son muchas, ni muy dignas de crédito, las fuentes de información de que se ha servido: algunas, no obstante, le han sido de incalculable utilidad, siendo de sentir que sus esfuerzos por consultar determinados trabajos hayan resultado infructuosos. De esto arrancan muchas de las deficiencias de este libro, debiéndose bastantes otras á la incuria del carácter español ó á la mal entendida modestia de los que han creído quebrantarla dándole un nombre, unos títulos y unas fechas.

El Catálogo que sigue á estos renglones, aún limitado y deficiente por las razones expuestas, basta para formar aproximada idea de la importancia que logró en el pasado siglo la prensa. Sus detractores de hoy, como los de ayer, no podrán borrar la historia, y ésta nos dice que las más ilustres personalidades de nuestra patria, especialmente en los órdenes político y literario, en el periodismo hicieron sus primeras armas y al periodismo debieron sus medros, notoriedad y ventajas. Los nombres de Quintana y Gallardo, de Cánovas del Castillo y Castelar, de Aparici y Guijarro y Necedal, de Sartorius y Martos, de Carlos Rubio y Calvo Asensio, de Borrego y Mañé y Flaquer, de Fernández de los Ríos y Mesonero Romanos, de Sixto Cámara y Fernando Garrido, de Roque Barcia y Fernández Cuesta, de González Bravo y Vildósola, de Sánchez Barberó y Pedro Lahoz, de Ignacio Escobar y Esteban Collantes, de Benavides y Pastor Díaz, de Estévez y Donoso Cortés, de Ríos Rosas y Rivero, de Manuel María de Santa Ana y Eduardo Gasset, y tantos otros, de entre los muertos, sin contar con los

que afortunadamente viven y sostienen el prestigio del periodismo español, son palmaria demostración de este aserto.

Hace años que el distinguido literato Sr. Balbín de Unquera, en uno de sus profundos estudios hablaba de «un capítulo que falta en las retóricas», y al periodismo se refería al decirlo así. Posteriormente, un tratadista literario le ha incluido en su obra (1), pero con las limitaciones y distinguos que se desprenden de las siguientes líneas:

«El periódico es discurso escrito y dirigido al público sobre un fondo instructivo, en que el actor se propone, como el orador, convencer y persuadir. El periodismo es factor social importantísimo, pero carece de interés literario, salvo en ciertas revistas escogidas, porque la rapidez con que se redactan los periódicos y la escasa categoría literaria de los periodistas, que, salvo raras excepciones, poseen una cultura superficial é insignificante, son causas de que contribuya más eficazmente á la corrupción del idioma, á la perversión del gusto, á erigir en modelos las medianías, que no á dirigir la opinión hacia los verdaderos ideales.»

Reconocer al periodismo como factor social importantísimo, ya es mucho, si bien antes que el escritor didáctico había dicho ya Royer Collard algo más, que «si el periodismo no es una institución política, es una necesidad social».

A esto también encaminaba su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, el ilustre Marqués de la Fuensanta del Valle, diciendo:

«El periodismo está encarnado en nuestra organización social y no es obra que la revolución ni la reacción puedan destruir; es la máquina, el procedimiento que marca la cultura y progresos que van realizándose, institución definitiva de la sociedad, sin duda transformable, pero que no habrá fuerza bastante para hacerla desaparecer.»

Y completaba el Marqués de la Vega de Armijo en su contestación:

«Apenas se concibe un pueblo sin el periódico...»

Al lado de la Iglesia y de la Escuela aparece el periódico...

«Hasta los mismos que lo motejan no saben pasar sin la lectura de un periódico, fórmula con que satisfacen su odio á la prensa, sufriendo, sin embargo, al mismo tiempo su poderosa influencia...»

«Ante el espectáculo que la prensa de todas partes presenta, sus mayores enemigos tienen que bajar la cabeza y comprender la importancia que tiene en las sociedades modernas.»

El periódico, reconocido como necesidad social, no fué tenido en mucho, durante largos años, como género literario.

Por él abogó valerosamente en 1845 el Sr. D. Joaquín Francisco Pacheco en su discurso de ingreso en la Academia Española—que por curiosa excepción no aparece coleccionado entre los de la misma—y las prevenciones que por bastantes años subsistieron en dicha corporación han desaparecido por último, dando ingreso á varios periodistas ilustres, dos de los cuales, en sus discursos de ingreso, hicieron al periodismo objeto principal de sus tesis doctrinales.

Decía en el suyo el ilustre Sellés:

«Cuántas buenas obras hace el periodismo... Mantiene en comunicación continua á las clases separadas por la suerte; es como la carta diaria que se envían para saber unas de otras y para templar acaso los rigores de la separación. Es el conglomerante que completa el estado de sociedad, dando cohesión á sus miembros en las empresas comunes. La fortalece en la adversidad, mostrándonos que somos muchos para sobrellevarla; la alienta en sus desmayos, recordándonos, con lo que fuimos en la historia, lo que podemos ser en lo porvenir; enfervoriza los entusiasmos; ayuda en las calamidades, promoviendo esos hondos arranques de la caridad, cuyos triunfos consoladores constituyen la ejecutoria más noble de la prensa contemporánea...»

«El orador grita y acciona inútilmente y cae, ronca la voz y doloridos los brazos, sin hacerse oír fuera de la Cámara, del Ateneo ó de la plaza. No llega más allá el poder de la elocuencia, porque está mudo el órgano de millones de bocinas que, de eco en eco y de repercusión en repercusión, llenaba con la voz del tribuno, como si fuera trueno de las altas nubes, todas las regiones de la tierra. La oratoria queda afónica.»

«La obra literaria, ó teatral, ó artística, parecen presas más que presentadas en el escaparate ó en el marco escénico sin el despertador de la fama, ni el estímulo del aplauso indispensable á las letras que no logran otra paga, si no es el pedazo de laurel que las lleva el aire público. El arte queda confinado, y la inteligencia en olvido y desestimación...»

«Y si el periodismo es necesario ¿cómo no ha de ser influyente? Lo es en mayor ó menor grado, según las circunstancias de la sociedad que lo lee; grado mayor en la sociedad española, donde por imperfección de la cultura ó por indolencia del carácter, existe mucha opinión indecisa y flotante á la espera de vientos que la orienten para ir con quien la llame y á donde se la conduzca.»

«Es el periodismo arma invencible para el combate diario de la inteligencia en los pueblos civilizados: no sea puñal, aunque temido por fuerte, despreciado por vil; sea espada noblemente echada al aire, y para su mayor hidalguía, grábese á la cabeza de cada hoja periódica aquel lema de las hojas toledanas que quiso ser rima y resulta símbolo de una raza caballeresca: *No me saques sin razón; no me envaines sin honor.*»

Véase ahora una admirable síntesis del genial Echegaray:

«... Yo considero que el periodismo, en la trama de las

sociedades, es como el sistema nervioso por donde circulan las ideas; así como las vías férreas son los canales por donde circula la sangre de la producción, como el telégrafo es otra red nerviosa del organismo; pero menos espiritual que la hoja impresa que la rotativa lanza por miles de millares en todas direcciones.

«Ved en los comienzos de la vida el protoplasma: sólo es aglomerado de moléculas vivientes; pero sin unidad ni concentración: la vida difusa, la vida fraccionada en pequeños núcleos. Y ved como á medida que el ser se perfecciona va brotando algo así como una tenue red de líneas de comunicación entre unos y otros de los pequeños centros; esfuerzos de la vida para concentrarse y subir á su unidad. Romper estas tramas nerviosas, que cada vez son más ricas y más perfectas, sería retroceder por toda la escala desde el vertebrado hacia abajo, hasta caer de nuevo en el primitivo protoplasma. Por eso digo que el periodismo es indestructible, á menos que no vayamos cayendo de espaldas hasta los orígenes de la civilización. No se rompe un organismo ya creado sin que se descomponga en organismos inferiores y en elementos inorgánicos al fin; pero á esto precisamente se llama descomposición cadavérica.»

«El periodismo recoge ideas, sentimientos, pasiones, crímenes ó virtudes; en suma, esos mil hechos dispersos, esos mil latidos de cuyo conjunto brota lo que se llama la opinión pública; y de una manera más ó menos perfecta, fundidos todos ellos en la letra de molde, les da salida para que vayan á todas partes y por todas partes se extiendan. Cada hoja de cada periódico es como la molécula circulante de la gran corriente nerviosa á que antes me refería: sistemas de corrientes que de este modo ponen en comunicación, dos á dos, todos ó casi todos los individuos de un país, como se ponían en comunicación cada dos granillos del protoplasma al convertirse la vida difusa en vida centralizada.»

«Multiplicación enorme de ideas y de sentimientos, porque la idea y el sentimiento de cada uno viene á reflejarse en los demás; circulación prodigiosa de vida, y al fin solidaridad de todas las conciencias; propaganda sin término de cuanto la ciencia y el arte crean, sin que por lo demás se anulen ni peligren, ni la conciencia individual, ni la voluntad del ser libre.»

Fernanflor, el cronista ameno, arrebatado por la muerte hace muy poco, decía al tomar posesión del sitial para que había sido elegido en la docta corporación:

«... Ser periodista es serlo todo y no ser nada. Para ser periodista no se necesita en realidad más que un rimer de papel y una caja de plumas. Después, habiéndose como persona civilizada y participar de las pasiones, de los errores y de las virtudes de todo el mundo. El vocablo exquisito, la colocación sabia de las palabras, la percepción de la belleza, el arte de los efectos no se improvisan.»

«Los efectos en el periodismo están reservados á los literatos; y, no es la verdad, no es la razón, quien derriba gobiernos, quien instituye dictaduras, quien agita las muchedumbres, quien obsucurece ó ilumina las emociones... lo es una pluma...»

«Nuestro siglo es siglo de curiosidad, sana é insana; de curiosidad insaciable, siempre impaciente. Todavía en vísperas de la Revolución se disertaba de Dios y de los hombres de silla á silla; hoy ya no se discute; y hasta las sillas están de más, porque se habla y se lee de pie... Hay, pues, que sintetizarlo todo; pero avivarlo también...»

«El periodista no es más bueno ni más malo que su tiempo, ni que sus conciudadanos; por más que se diga, él no ha hecho el siglo; es el siglo quien le ha hecho á él. Lo que hay es que la letra de imprenta grita más que una garganta y hace más sangre que un puñal; que el periodista mete la reticencia injuriosa, la frase obscena, el comentario irreligioso en máquinas de 30.000 ejemplares por hora y la injuria y la frase y el comentario procrean infinitamente, y son turbión, nube, plaga. El periodista es una figura en cien mil espejos; un cuerpo con cien mil sombras; una persona que se desdobra en cien mil.»

En cambio de esta influencia los resultados obtenidos personalmente por el periodista no pueden ser más exitosos, porque al fin, como observa *Fernanflor*, «el poeta, el literato, el sabio, el ignorante, si escriben ó imprimen, lo que escriban ó impriman será suyo y representará para ellos no sólo reputación, sino dinero. No así el trabajo del periodista: es de todos. El lo da, otros lo utilizan, lo reproducen y tal vez lo firman y lo venden.»

Valera añade:

«Siempre me ha sorprendido como absurda extravagancia, y he oído ó leído, ya con enojo, ya con risa burlesca, los dicterios y anatemas que contra la prensa fulminan no pocos sujetos, sobre todo si presumen de aristócratas, de conservadores ó de morigerados y juiciosos...»

«A través del odio reconcentrado y del desprecio más ó menos aparente que suele manifestarse contra el periodismo, se entrevé casi siempre la involuntaria estimación que inspira el talento del buen periodista á los mismos que tan acerbamente le censuran.»

¿A qué seguir multiplicando citas y autoridades?

Necesidad social y género literario, el periodismo realiza hoy una misión de altísima importancia. Al proclamarlo así, nada más justo que recordar á «dos precursores», pues como diría el fabulista, observando las cien diversas preparaciones de los huevos, no debe olvidarse al que nos trajo las gallinas.

O. y B.



(1) *Retórica*, de Méndez y Bejarano.

EN EL ALBUM DE MI LINDISIMA AMIGA

la Srta. D.^a Rosario Buerzo y Fernández de la Hoz

Si quieres Rosario que cante mi cítara
los ricos tesoros que se hallan en tí,
tu esencia de hada, tu talle de sílfide,
tu aspecto de diosa, tu gracia de hurí.

Tu hechizo de maga, tu busto de náyade
y el nimbo esplendente de tu juventud,
carezco de dotes, á empresa tan ínclita,
y es pobre, muy pobre, mi humilde laud.

Cantar que te quiero, sería muy lógico;
que vales cien mundos, decir poco es;
así entusiasmado te adoro cual ídolo
y mudo y absorto me arrastro á tus pies.

ENRIQUE PRÍNCIPE Y SATORRES

Notas bibliográficas

Popularizar las obras de ciencia más famosas poniéndolas al alcance de todas las clases sociales, es lo que se propone la casa editorial de Sempere y Compañía, y cada vez lo consigue con mayor éxito.

Ahora acaba de publicar en un volumen, que sólo cuesta una peseta, el famoso libro de Luis Büchner, *Fuerza y materia*.

Inútil es hablar de la importancia de este libro y de la gran revolución que produjo al salir á luz, no sólo en el mundo científico, sino en el teológico. Los representantes de todas las religiones protestan indignados, y aun todavía, después de algunos años, refutan las conclusiones científicas de Büchner, que son la negación más absoluta y convincente de la divinidad, de la vida y del alma, tal como las explican los dogmas religiosos.

Fuerza y materia, aparte de su inmenso valor científico, tiene la ventaja de ser un libro escrito con claridad y sencillez para que todo el mundo lo entienda, pues como dice el gran Büchner en el prólogo del libro «pasaron para no volver más, los tiempos en que prevalecía la sabiduría y el charlatanismo... y como las frases no son hechas, es necesario hablar de un modo claro é inteligible si queremos que nos comprendan.»

Fuerza y materia forma un hermoso volumen de cerca de 300 páginas, de clara impresión, ilustrado con el retrato de Büchner y sólo cuesta, como ya hemos dicho, una peseta; siendo la edición más barata que en el mundo se ha publicado de este libro, traducido á todos los idiomas.

**

Obra notable.—Con el título de *Páginas de caza*, ha publicado el ilustrado general D. Leopoldo Vallés un hermosísimo tomo con profusión de grabados interesantes y reproducciones de escenas de caza de los cuadros más notables, que está llamando justamente la atención de todo aficionado al *sport* de la caza.

Con recetas útiles y consejos para el cazador, con escogidas citas de los antiguos libros de materias y explicación de todo lance de caza, la obra del general Vallés, que modestamente firma con el pseudónimo *Evero*, es, como decimos, notabilísima.

Consta de 318 páginas en cuarto, lujosamente editadas por los sucesores de Rivadeneyra, y sólo cuesta 7,50 pesetas en casa de su autor, calle de Quevedo, núm. 7, y en las principales librerías.

El árbol de Tráseas

¿Qué á tí el suplicio, senador romano,
De la antigua virtud sombra postrera,
Si tu indomable fe sólo venera
El querer de los dioses soberano?

Árbol se encumbra de verdor lozano,
Y arde á su pie la devorante hoguera
Donde es honra el morir; así lo impera
Un tigre más en el linaje humano.

Mira acercarse la tremenda hora,
Emperó, Tráseas á piedad no clama,
Ni de su mal ni de los suyos cura.

De sus fieros verdugos sólo implora
Que desvíen solícitos la llama
Que marchita del árbol la hermosura.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

DIVAGACIONES

INSOMNIO PRIMERO.

Quiero distraer mi largo insomnio.

Ayer sufrí pacientemente á Pablo; me aseguraba que los viejos no tienen derecho al amor, ni aun al amor venal; son mis mismas ideas, pero no me gusta que me las diga otro, y menos si éste es joven.

Porque yo quiero tener ideas justas, que se puedan defender con la vista levantada, delante de hombres imparciales, sinceros, sin prejuicios...

Pero no estoy seguro de tenerlas... habría de meditar un poco...

Vamos á intentarlo:

Cuando cumplí los cincuenta años, me encontraba fatigado del combate de la vida, y me parecía juicioso renunciar á la mujer.

Temerario pensamiento y gran virtud viviendo en Madrid: yo he creído siempre que el hombre es voluntad. Hay que ser hombre y dejarse de devaneos.

«Ellas te sacan el jugo
y te espantan los parnés...»

Me dedicare á la caza, al arte, á la filosofía...

Buena filosofía te dé Dios: á los ocho días mi humor era insufrible.

—Debo estar malo, pero no se que mal me aqueja, es extraño.

A los doce estaba peor.

No podía sufrirme á mi mismo, y eso que siempre me he parecido buen chico...

Voy á ver á Paquita: perdido por mil...

—Pues sabe usted que estoy mejor; ando más ligero y no me parece tan necio Landrera.

—Sería una aprensión, ó cosa del tiempo.

—Puede; pero vea usted que morena.

—Caracoles, es una sultana.

Y de lo mejor que le trajeron á Muza para descansar de sus penas, porque esta fruta ha tenido que venir de muy lejos. Arabe legítima.

—A mí, una media sangre me basta.

—A mí, dos medias mujeres,

—Señores, la moral.

—Qué diablo de moral, como cambia al pasar el Estrecho.

**

Vaya, vaya, bromas de café.

Por la noche un amigo trajo un libro como viejo, viejo, pero, qué diantre, algo bueno tendrá escondido.—Dos reales se dan por él.—Vengan los dos reales, recuerdo las obras de caridad y me llevo el libro.

«Porque la melancolía senil tiene su alivio en la mujer.»

¡Hola, hola!

«Salomón prolongó su existencia porque le gustaban las jóvenes doncellas.»

—Zapateta con la terapéutica oriental—¿Será esto verdad?

—Verdad tiene que ser si lo dice la Biblia.

—Pero será emblemática, como la palabra del sabio.

**

Principio á vacilar sobre mi acuerdo.

Perseverar en el error es diabólico, ó tonto, podre-mos traducir.

La verdad es que las costumbres, buenas ó malas, no se cambian en un día...

**

Y lo cierto es que el amor comprado produce confusión, y algo más á veces, si encontrara alguna joven digna de protección y fácil de restaurar.

—Quite usted de ahí protervo.

—Dispensen ustedes mi sinceridad.

—Las muchachas son para los jóvenes.

—O para el Este, si aprieta el hambre.

—El afán del hijo pierde á la mujer.

—La miseria nos espanta como la peste.

—Trabajando no ganamos para zapatos.

—Por los zapatos principia la perdición.

Señores basta, un poco de formalidad.

Tenemos:

—El poder del oro.

—Y el de la navaja.

—El instinto de conservación.

—Y el de la especie.

—Las grandes aglomeraciones...

—Con su correspondiente corrupción.

—Los conflictos pasionales.

—Antiguos como el mundo.

Señores tengo sueño.

—Pues á dormir un rato.

**

INSOMNIO SEGUNDO

—¿Los viejos sirven de algo?

—De estorbo.

—Unos sirven y otros no.

—¿Y los que no sirven, se pierde mucho con que se los lleve el diablo?

—Es que también abundan los jóvenes memos, vagos é ineptos.

—Con los chulos de profesión bastaba para deshonrar á la clase.

—Ha tocado usted un punto delicado.

—Sí; pero el viejo verde tiene más disculpa que el chulo, aunque ostente pergaminos, y no puede extrañarnos que, huyendo de éste, caiga una mujer en las redes de aquél.

«Y un vista con cataratas,
pues está bonito el mundo.»

Vaya señores no tanto pesimismo. Uno de estos días quedará todo arreglado.

La Asociación contra la trata de blancas pondrá eficaz remedio...

En Canarias ya lo ha puesto, ¿quién dirán ustedes?...

El pescado barato.

LEOPOLDO VALLÉS

PENSAMIENTOS

Los bufones de la Edad Media, cuando se reían de los reyes y grandes señores, no les decían generalmente otra cosa que lo que éstos pensaban é interiormente se decían á sí mismos. A sí mismos solamente se engañan los idiotas y los que son absolutamente incorregibles.

**

Un gran poeta alemán espiró diciendo: ¡luz luz!— ¡Ah!, la luz no hay que pedirla cuando la vida termine, sino cuando empieza; cuando llegamos de noche á la posada, apagamos la antorcha que llevábamos encendida al caminar, porque allí nos espera otra que alguien para nosotros ha encendido.

**

Nunca he podido olvidar una sencilla frase latina —*Dare verba* significaba engañar, pues el que engaña da eso; palabras y no obras. A través de los siglos se descubre ese mismo pensamiento en la célebre frase. ¡Palabras, palabras de Shakespeare!

**

Juzgar bien á todos podrá ser inocente; pero es digno de la naturaleza humana, no de la decaída y actual, sino de la primitiva. Eva juzgaba bien hasta de la serpiente. Algo de Eva necesitaba esta y algo de lo que tenía el reptil, nuestra primera madre. Sed cándidos como la paloma, dice el Evangelio, y como la culebra, prudentes.

**

Así como el collar adorna el cuello, así una sarta de buenas obras es lo que envuelve como el más precioso sudario nuestras vidas.

**

No miréis al cielo, decía á Lutero Catalina Boren; para vosotros si acaso la tierra. ¡Ah!, es tan preciso mirar al cielo, que si no lo hacemos no sabremos andar ni aun por la tierra.

**

El corazón del hombre justo es un Santuario. Somos los templos de Dios, como San Pablo decía: de Saladino predicaban los infieles que, cuando se hallaba orando en la mezquita, no parecía sino un templo dentro de otro templo.

A. BALBÍN DE UNQUERA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE LOS TRABAJOS DE
ESTA REVISTA, SIN CITAR SU PROCEDENCIA.Imprenta de A. Pérez y C.^a—Pizarro, 16, Madrid.